

S U P L E M E N T O

AL

BOLETIN DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

correspondiente a la sesión del excelentísimo Ayuntamiento Pleno celebrada el día 19 y continuada el 22 de mayo de 1925, publicado a virtud del acuerdo adoptado por el mismo en 26 de dicho mes, respecto a que se impriman las cuartillas taquigráficas relativas al incidente que tuvo su origen en la primera de las indicadas fechas con motivo de la dimisión presentada por el Sr. Latorre del cargo : : de Teniente de Alcalde sustituto del distrito del Hospicio : :

El Sr. Bofarull: Obligaciones ineludibles hicieron que en la sesión anterior solamente pudiera concurrir a parte de ella, de suerte que son fragmentarias las noticias que obtuve de lo que había acontecido; pero de lo que en dicha sesión advertí quedé tan contrariado que mi espíritu apetece el silencio y me limité a exponer al señor Presidente y a alguno de mis dignos compañeros algunas consideraciones y algún deseo mío respecto a la tramitación del incidente surgido de las palabras que pronunciara el Sr. Arteaga. Pero derivaciones posteriores y resultados que preveo me imponen el deber de expresar mi opinión acerca del incidente, porque entiendo que todos debemos contribuir a procurar una resolución rápida en que resplandezcan la mesura y la dignidad.

He de comenzar por manifestar que en la sesión anterior el señor Alcalde, con una nobleza de sentimientos que le honra y una alteza de miras que todos aplaudimos, enfocó la cuestión de un modo muy discreto y acertado, separando cuanto personalmente a él se refería, y reduciéndola a lo que afectaba a la Corporación municipal, y vino a decir en resumen que si el Sr. Arteaga daba las explicaciones pedidas, la Corporación se daba por satisfecha.

En el ánimo de todos estaba, al menos en el mío, el deseo de llegar a una concordia, dejando, claro está, perfectamente a cubierto el prestigio y el decoro de la Corporación municipal. Pero el Sr. Arteaga no tuvo, a mi juicio, el acierto de recoger el espíritu de las manifestaciones de la Presidencia ni el ambiente que había en el salón, y quizás en un momento de ofuscación, tal vez por impresión personal como uno de los elementos que más intervenían en el debate, el hecho es que lo agravó. Pudo reconocer noblemente el modo como se había comportado y dar la satisfacción clara y rotunda que se le pedía, o haber confiado en el Presidente que diera forma a su sentimiento, que de seguro lo hubiera hecho eficazmente; mas no lo hizo así, sino que vino como a ratificarse en su anterior actitud, y estimó como una coacción de la Alcaldía lo que no era más que una aspiración noble en defensa del honor colectivo.

De entonces acá, y eso es precisamente por lo que he creído obligación mía intervenir, la cosa se ha agravado y se ha empeorado porque lo que estimaba el Sr. Arteaga en aquel momento como una coacción—coacción presunta, puramente imaginaria a mi juicio—ha venido a cambiarse por algo que puede estimarse una coacción real y efectiva por virtud de las manifestaciones oficiales y públicas que el Comité de un partido político ha hecho y en las cuales se solidariza con el proceder del Sr. Arteaga y con lo que se manifestó en el Hotel Nacional. De suerte que se presenta al Ayuntamiento la cuestión de si realmente ha de prevalecer aquella actitud del señor Arteaga que, libre y espontáneamente, creyó en aquel momento que no era compatible con nosotros y debía asentarse, o, si por el contrario, debe prevalecer ese dictado y ese imperio

que sobre la voluntad del Sr. Arteaga pesa, de esa propuesta y ese acuerdo del partido socialista. Por ello creo que hemos de proceder con gran mesura y firmeza, porque ahí está la gravedad de la cuestión. Y yo digo al Sr. Arteaga que advierta la situación que crea al Ayuntamiento, a nosotros y la que se crea a sí mismo.

No es el Ayuntamiento el que lanzaba a S. S. de su seno, fué S. S. el que con su actitud y sus palabras produjo acto de menosprecio para los Concejales, y por consiguiente S. S. fué el que reconoció esa situación y se creyó que no debía permanecer aquí. Y claro es, que tanto por el decoro del Sr. Arteaga como por el decoro del Ayuntamiento no puede ahora pretenderse que el Sr. Arteaga vuelva sobre su acuerdo en virtud de impresiones externas a esta Casa, que no dimanen de los Concejales, y que por virtud de ese acuerdo externo se doblegue la voluntad del Municipio. Creo, por lo tanto, que debe el Sr. Arteaga, por sí mismo y por estimación al Ayuntamiento, dar una solución franca a esta cuestión, porque a lo que de otra suerte se conduciría a la Corporación municipal sería a algo que nosotros no podemos prestarnos, y es que ese estado de asentimiento unánime del Concejo respecto a haberse separado el Sr. Arteaga del Concejo tuviera que ratificarse por medio de la admisión que el Gobierno civil hiciera de su dimisión, lo que supondría una merma de la autonomía municipal, que no podemos aceptar.

De suerte que yo ruego al Sr. Arteaga que advierta y procure darse cuenta exacta de la situación que plantea, haciendo que ésta no se agrave sino que por el contrario se resuelva con arreglo a lo que ha sido hasta ahora unánime sentir del Concejo y espontánea y libre iniciativa suya. (*Muy bien, muy bien.*)

El Sr. Arteaga: El incidente surgido en la sesión anterior, soy el primero en lamentarlo, pero disintiendo, aunque respetando al mismo tiempo las opiniones del Sr. Bofarull, creo que, cariñosamente, ha sido un poco injusto conmigo. No vamos ahora a discutir si fui yo quien lo promovió o quién lo hizo; lo cierto es que surgió, y repito que soy el primero en lamentarlo. Sin embargo, yo reconozco, aunque no las recuerdo, que pude pronunciar palabras ofensivas para la Corporación, para la colectividad, aunque desde luego no fuera mi intención el pronunciarlas; y noblemente, respondiendo a mi educación y a mi manera de ser, yo no puedo sostener en ningún momento lo que no he tenido intención de proferir. Así es como se conducen los que son nobles, y por esto yo lo digo, y no puede ser de otra forma. Esto en cuanto al incidente.

Ahora vamos al voto de censura.

Cuando los señores Concejales decididamente se pronunciaron por votar este acuerdo de censura, yo creí que mi deber era salirme del salón para que lo votasen con entera libertad, porque como dice muy bien el Sr. Bofarull no estaba presente S. S., y no vió cómo los Concejales entraron en el salón diciendo: «vamos a votar el voto de censura», y entonces fué

cuando yo me salí. Luego supe que se acordó el voto de censura. Votos de censura se han dado en esta Casa, lo mismo que en las Cámaras, y se han dado siempre por cosas fundamentales e importantes o graves, a las presidencias. S. S. conocen, mejor que yo, que esto se ha hecho. Pero yo entiendo que votos de censura como el que se me dió en la sesión anterior no se ha dado ninguno; yo al menos no veo para ello causa ni motivo alguno, porque incidentes se han promovido en las Cámaras. Si ahora es por el incidente, no hay caso; y si es por mis palabras del Hotel Nacional ampliamente las expliqué aquí, la Prensa las recogió, y en ella dije que yo en el Hotel Nacional no pretendí en ningún momento ofender a los Concejales.

Después de votado el voto de censura, si es verdad que el miércoles apareció en la Prensa la nota oficiosa de la Agrupación Socialista Madrileña. No he de negar que soy hombre de ideas y que pertenezco a una agrupación a la que me debo, y si ellos tienen razón o no para acogerme en su seno y me consideran digno, yo debo continuar. El partido socialista ha estudiado, pesado y visto, como parte de la opinión, que no hay motivo para ese voto de censura ni éste puede dañar en lo más mínimo a mi honorabilidad que aquí los mismos Concejales proclamaron en la sesión anterior. Y no siendo más que por una cuestión más o menos discrepante sobre la forma en que se desenvuelve el Concejo, pues no hay motivo para el voto de censura, porque si hubiera sido por causa grave el partido socialista hubiera sido el primero en expulsarme, puesto que es partido en donde, lo declaró honradamente, se hila muy delgado y no se consienten cosas inconfesables ni graves.

El Sr. Romero Grande: No hace falta decir si se hila delgado o grueso en el partido socialista, porque se hila aquí más delgado.

El Sr. Arteaga: Yo no quiero provocar ningún otro incidente, y pido el amparo de la Presidencia para que se me deje hablar con libertad.

Sigo diciendo que yo venía con ánimo de asistir a la sesión de la Permanente última, pero porque el Ayuntamiento no pudiera creer nunca que esto podía ser una provocación o algo que significará eso, yo entendí procedente el volver a presentarme después del voto de censura, ante el mismo Pleno y por consiguiente no asistí a la Permanente. Al presentarme aquí hoy, yo espero de los señores Concejales que me den, en la forma que yo lo hago, una explicación del alcance que puede tener el voto de censura y yo recogeré sus palabras reservándome entretanto, para después rectificar.

El Sr. Bofarull: Brevemente, señores Concejales; más por cortesía y por correspondencia al Sr. Arteaga, a quien siempre he considerado y guardado todo género de atención, que por necesidad de tener que rectificar, porque quizás sus palabras no hayan expresado bien su pensamiento, pero el hecho es que no ha explicado las anteriores ni tampoco el porqué de esa nota del partido socialista sobre el voto de censura. Por el contrario, él ha dado una censura a ese voto y pide explicaciones sobre ello.

El Sr. Arteaga nos dice que se marchó del salón de sesiones no por que quisiera con ese acto significar que quería dejar la Corporación, sino porque en aquel incidente creyó conveniente ausentarse antes de que el voto de censura se diese. Pero lo que no ha dicho es si ese voto y esa ausencia suya se produjo por que él entonces no explicó suficientemente, a juicio de la Corporación, sus palabras ni dió la explicación que se le pidió que se publicase en la Prensa para estimar que debía continuar en el cargo de Teniente de Alcalde. Yo recuerdo que ésta fué la fórmula que dió el Sr. Romero Grande y que al parecer recogía el sentir de todos.

Es evidente que el acto del Hotel Nacional significó censura para los señores Concejales y que tuvo transcendencia pública por medio de la Prensa, pues natural era que públicamente y en esos periódicos donde aparecieron recogidas las manifestaciones que estimó la Corporación como desdoro y menosprecio a la colectividad, el Sr. Arteaga se hiciera eco de sus explicaciones al Concejo e hiciera la rectificación debida. El Sr. Arteaga dijo entonces que no lo haría, porque era una coacción, de modo que no sirven esas explicaciones últimas impuestas que nos da ahora. Esa explicación ya no es espontánea, sino complacencia a la orden dimanada del grupo socialista de que permanezca S. S. en el Ayuntamiento, y eso sí que viene a ser una coacción que no toleraremos jamás, sobre la Corporación municipal. Por que es muy desagradable la

actitud del partido socialista con motivo de ese voto de censura que se dirige a un Concejal independiente, como todos lo somos, y no a un Concejal socialista. De modo que no es explicable ni el acuerdo de esa Agrupación ni la postura en que se ha colocado su órgano en la opinión *El Socialista*.

Y en cuanto a la explicación del voto de censura, es evidente que surgió como consecuencia de la conducta del Sr. Arteaga. Es evidente que si S. S. continúa en la misma situación y actitud, permanente se hace el voto de censura. Si S. S., por el contrario, rectifica en los términos que expuso el Sr. Romero Grande, y aquí hoy declara que rompe esa solidaridad que se ha establecido arbitrariamente entre la representación socialista y S. S., entonces es evidente que si da esa satisfacción, todos la aceptaremos.

El Sr. Romero Grande: Antes de entrar en el fondo de la cuestión, creo conveniente rectificar unas palabras que pronuncié el otro día, y aunque no quiero molestaros, sin embargo, siguiendo el criterio de poner las cosas en su lugar, tengo que hacer una aclaración. Dije que el Sr. Arteaga monopolizaba la Prensa, y aunque lo dije, después aclaraba mi pensamiento; quiero decir que yo no traté de ofender a la Prensa ni injuriarla, porque sería injuriarla el decir que la monopolizaba el señor Arteaga; y desde luego, me referí sólo a dos periódicos, o mejor dicho, a la participación de los informadores de dos periódicos: *La Voz* y *El Socialista*. Y para satisfacción de los restantes hago estas aclaraciones.

Y ahora vamos a entrar en el fondo de la cuestión, lamentando que se siga tratando del asunto porque esto quedó zanjado ya.

Yo dije que el Sr. Arteaga mandara una carta a los periódicos diciendo que la información del acto celebrado en el Hotel Nacional era inexacta. ¿El Sr. Arteaga ha mandado esa carta? ¿No? Pues está la cuestión en pie, y ya tiene justificado el voto de censura.

¿Han leído ustedes la «Historia de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno», los «Viajes morrocotudos», de Pérez Zúñiga, y las «Coplas», de Luis de Tapia? Pues todo eso son esquelas de defunción comparado con la nota de la Agrupación Socialista Madrileña. (*Risas y rumores.*) Porque yo soy más izquierdista que el Sr. Arteaga, pero no estoy en un corrillo, ni me someto a un corrillo, ni sirvo a dos empresas, ni tengo dos amos, ni los toleraría.

El Sr. Arteaga está incapacitado para hablar aquí en ese concepto mientras no traiga un certificado visado por el Comité de la Agrupación Socialista Madrileña, porque está sometido a ella, y aquí lo dice la nota: «Arteaga en su conducta futura se atendrá al mandato de esta Agrupación». De manera que para nosotros el Sr. Arteaga no es nadie. Podrá serlo para la Agrupación Socialista; pero cuando acredite que habla en nombre de ella, entonces le haremos caso. ¿Y por qué, pues, vamos a levantar el voto de censura?

Pero es el caso, y esta es la parte cómica, que la Agrupación Socialista no quería Concejales del Directorio y ha tenido que cargar con un muerto. (*Rumores.*) Y yo pregunto a don Andrés Arteaga y Hernáiz, antes Silva, Comendador de la Corona de Italia, empleado de la Compañía de Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante, antes factor simple y hoy factor importante. ¿Trae S. S. el mandato de la Agrupación Socialista para hablar como lo ha hecho? Porque entonces, ¿para qué discutir?

Dice el Sr. Arteaga que se debe a un partido y que la ética del partido es esa... ¿Pero qué ha de ser? ¿No recuerda lo que hizo el que honró estos bancos como Concejal, el Sr. Anguiano, con la Compañía de Ferrocarriles donde también estuvo? A un hombre, cuando se es hombre, hay que admirarle, y para mí basta que se sea un hombre para que yo le rinda mi pleitesía. ¿No fué Concejal socialista Anguiano y estuvo preso en el penal de Cartagena por defender a ese pueblo, al verdadero pueblo, no al del Hotel Nacional, que va a resultar la Asamblea Nacional? (*Grandes rumores.*)

El señor Presidente: Una advertencia a la tribuna pública: que se abstendrá de hacer manifestaciones durante la discusión.

El Sr. Romero: El caso de Anguiano, en su origen, es exactamente igual que el del Sr. Arteaga. Y no quiero que me rectifique *El Socialista* por lo que voy a hablar por boca de Anguiano, con sus mismas palabras, sin quitar un ápice. Decía *El Socialista* la otra noche: «¡Pero señor, y que esos burgueses que tienen dinero digan que este señor cobra un

suelo en la Compañía de Madrid a Zaragoza y a Alicante, cuando si cobra es porque lo necesita!...» Y digo yo: ¿Pero es que Anguiano no lo necesita? Decía Anguiano: «Cuando ingresé en la Agrupación Socialista era agente de la Compañía, y como ésta tenía un reglamento que disponía se declarase cesante al funcionario que obtuviese cargos públicos, cuando fui elegido Concejal socialista elevé una instancia a la Dirección comunicando el resultado de la elección y el carácter político con que iba al Ayuntamiento. Yo pedía en esa instancia que se me concediera horas especiales para mi trabajo y que me permitiesen cumplir con los deberes del cargo de Concejal. Alguien me preguntó si estaba loco y me aconsejó que no hiciese constar que era socialista. Insisti, y se cursó la instancia.»

Anguiano no rehuía el trabajo, quería trabajar en la Compañía, quería ganarse el sueldo honradamente: era socialista. Y sigo leyendo: «Con sorpresa de todos me concedieron las horas especiales. Y entonces presenté la dimisión de mi cargo en la Compañía.»

Es decir que cuando consiguió doblar a la Compañía, entonces no quiso seguir sirviéndola. ¡Exactamente igual que el Sr. Arteaga! (*Rumores.*)

Pero dice que pertenece al partido socialista... ¿Ustedes saben que el Sr. Arteaga fuera socialista? ¡Socialista un señor que acepta la condecoración de la Corona de Italia! ¿Ustedes conciben que un socialista sea Delegado de Mataderos y tolere que se fije en la puerta del establecimiento un anuncio diciendo: «Por orden de la Alcaldía el día 1 de mayo se trabaja aquí»? ¿Pero es que en Semana Santa no se suspende la matanza? Como Delegado del Matadero ¿iba yo a consentir eso? ¡Me avergonzaría, si fuera socialista, de tolerar que los obreros trabajaran el día 1 de mayo! Pues ahí le tenéis: Teniente de Alcalde y Delegado del Alcalde en el Matadero. (*Rumores.*)

Podría decir más para demostrar que el Sr. Arteaga no era socialista. Y no ofendo a los socialistas porque estoy mucho más cerca de ellos que el Sr. Arteaga. Yo me refiero a los que mangonean, porque hay cacicatos que necesitan gestores dentro del Ayuntamiento, y, como no los tienen, han atrapado al Sr. Arteaga. Pero para mí esto son futesas. Y voy a lo principal que es para lo que me he levantado ahora.

Según la teoría socialista, —porque, claro, hay que emplear el mismo razonamiento que ellos—en cuanto un individuo se aparta del partido, o el partido se aparta de él, y tiene una representación del partido, le obligan a dimitir.

Voy a hacer un paréntesis. Nosotros no hemos querido nunca que el Sr. Arteaga se vaya de aquí: vosotros, porque no os interesa, a mí, porque me hace gracia. Pues bien, el señor Arteaga es Teniente de Alcalde del distrito del Hospicio porque le elegimos nosotros, es decir, todos nosotros no: vosotros tuvisteis ese buen gusto, nosotros nos avergonzamos, nos abochornamos, nos indignamos de haberle dado esos votos. Y ahora, en nombre de todos los que le votamos, le decimos que nos sentimos avergonzados y abochornados de que nos represente, y que le retiramos esos votos. Y así, seguimos la misma teoría que el partido socialista cuando ha tenido deserciones. Basta recordar los dos casos de socialistas Concejales que estando en el Ayuntamiento se separaron del partido, y *El Socialista* increpó a esos señores diciéndoles que eran unos traidores, unos malvados, y añadiendo: «con nuestros votos han salido y ahora nos traicionan. Deben renunciar el acta obtenida con votos socialistas».

Pues yo digo ahora: como nosotros no sabíamos que era socialista, ahora que él lo afirma, aunque nosotros seguimos sin saberlo, ahora le retiramos esos votos y le conminamos a que en este mismo momento, aquí, presente la dimisión, porque sino ya sabemos lo que tenemos que hacer.

A ver si sale ahora con una nueva teoría, diciendo que esta no es la teoría socialista. Yo le combato porque soy afin, no correligionario; y vuelvo a decirle que dimita el cargo de Teniente de Alcalde, primero porque cuando le elegimos no era socialista, y segundo, porque como Teniente de Alcalde no puede representarnos un señor que tiene un voto de censura del Ayuntamiento.

Espero que, al rectificar, dimita.

Seguramente dirán el Sr. Arteaga y *El Socialista*: «¿Pero es que se le obliga a dimitir por su gestión de Teniente de Alcalde? ¿Es qué ha hecho algo malo?» Pero, vamos a hablar con franqueza, ¿es qué ha hecho algo bueno? El Sr. Arteaga es un señor que se ha hecho popular a fuerza de ver repetido su nom-

bre en la Prensa que no tenía más remedio que repetirlo al hablar de las sesiones y tener que decir: «El Sr. Arteaga votó en contra» porque era el que siempre votaba en contra. ¿Qué cosa fundamental ha hecho? Yo empiezo por confesar que no he hecho nada, pero él ha hecho menos, porque yo trabajo en las Comisiones tanto y más que él. A ver, publique *El Socialista* la relación de cosas que ha hecho el Sr. Arteaga. Salvo lo que ha hecho en beneficio de la Compañía de Madrid a Zaragoza y a Alicante, no ha hecho nada. Votar en contra del presupuesto en el que se quitó el inquilinato a todas las clases trabajadoras, y en el que se resuelven cuestiones importantes de Enseñanza y de Beneficencia, y además, no ha traído ninguna iniciativa; es decir, si, hay que hacerle justicia, ha presentado una proposición pidiendo que el Estado contribuya con el 50 por 100 para los gastos de construcción de Grupos escolares. Claro es que el Alcalde ya lo había hecho un mes antes. (*Risas.*)

Yo me he levantado a pedirle en nombre de los socialistas mis afines, que presente la dimisión como Teniente de Alcalde porque repito que nosotros, los que le votamos, nos consideramos avergonzados. Lo demás es cuestión zanjada. El no ha dado en la Prensa las explicaciones que le pedimos, pues sigue en pie el voto de censura. Pero conste que no queremos que se vaya como Concejal, porque esto sería una plataforma para él. (*Grandes muestras de aprobación.*)

El Sr. Garachana: Seguramente soy el menos autorizado para opinar en una cuestión que, indudablemente, afecta a miembros de esta Corporación por agravios recibidos, según ellos, en época anterior a la época en que yo he venido a honrarme con ser compañero suyo. Pero si bien es cierto esto, no creo que debo silenciar mi criterio, limitándole, como es natural, a formar juicio desde el momento en que yo pertenezco al Ayuntamiento.

La causa generadora de este debate—es la que voy a analizar—fué las palabras vertidas por un compañero, palabras que, según el Municipio todo, afectaban a su honorabilidad. El otro día yo decía que el Sr. Arteaga había dado explicaciones, a mi juicio bastantes, pero hoy tengo que ratificarme en aquel criterio porque he oído unas palabras rotundas, claras y terminantes diciendo que él, noblemente—hay que aceptar estas palabras tal como él las expresa—rectificaba sus manifestaciones declarando que no había dicho nada de aquello. Yo, que en la sesión anterior sostuve este criterio, incongruente sería si hoy no me ratificara en el mismo. Si hay otras consideraciones por hechos pasados, no me incumbe analizarlas, ni tengo derecho a entrar en ellas. Cada uno de vosotros tiene de vuestra dignidad formado concepto, y está atento a ser guardador de ella, y ya veo que la salvais en todo instante. Por eso, allá cada cual que se considere ofendido; yo creo que con estas explicaciones en cuanto al incidente provocado por el Sr. Arteaga, éste ha dado explicaciones bastantes, y yo, por mi parte, no tengo que decir nada respecto a ese otro punto de vista.

En cuanto a la Prensa, dice el Sr. Romero Grande que debía haber rectificado lo que en aquélla se publicó. Indudablemente la Prensa o los periódicos que han recogido aquellas palabras que fueron causa de este debate, puede hacerlo sin que sea preciso que el Sr. Arteaga requiera por carta suya la rectificación. Yo creo que esas mismas personas, con la misma nobleza con que se ha pronunciado nuestro compañero, si son personas que le estiman y velan porque continúe siendo nuestro compañero, deben ser los primeros que rectifiquen, sacando aquellas consecuencias que se derivan de las palabras nobles, claras y terminantes por el compañero a quien en estos momentos enjuiciamos.

El Sr. Fuentes Pila: Para proceder con lógica en esta cuestión tan delicada, es preciso no involucrar ni confundir los términos, y, digo esto, porque hay que darse cuenta perfecta del momento en que llegó el voto de censura.

Este voto de censura, que todos espiritualmente habíamos rechazado ya, después de las intervenciones afortunadísimas y caballerescas del señor Alcalde, no se había llegado a presentar; estaba la cuestión en una conminación que se hacía al Sr. Arteaga para que diera, no la íntima satisfacción interna al Concejo, sino la pública externa satisfacción; porque nos encontrábamos y nos encontramos con el factor de que un sector de la Prensa no solamente hace el silencio a lo que aquí ocurre, sino que lo desfigura, faltando a algo que es norma que debe presidir en todas las profesiones: que es la honradez pro-

fesional. Y por eso se le exigía que se dijera fuera lo que se dice dentro, que en esto estriba la caballería de todos. Y cuando se le puso en este dilema fué cuando airadamente el Sr. Arteaga comenzó afirmando algo que era ofensivo para el Alcalde Presidente, y era ofensivo porque era falso: «que se le coaccionaba y que lo que se le quería hacer no era ir a una rectificación de conducta, sino obligarle a que claudicara en sus ideas políticas.» Y entonces fué cuando, airadamente, como digo, se volvió también contra todo el Concejo y se produjo particularmente contra un Concejal con palabras durísimas y a todos nos aplicó calificativos igualmente duros, que él mismo ha reconocido también, al decir hoy que no tenía inconveniente en retirar todas las palabras graves y ofensivas que pronunció. Luego, si él mismo estima que antes del voto de censura pronunció palabras graves y ofensivas, es indudable que lo tiene lógicamente merecido.

Por consiguiente, el voto de censura no procede sólo como si dijéramos de lo pasado, sino de lo que el mismo Sr. Arteaga planteaba en el momento en que la cordialidad se había impuesto y en el momento que el señor Alcalde había exigido una pública rectificación de lo que anteriormente se había dicho. Porque, no es que el Sr. Arteaga no haya rectificado lo que dijo en el Hotel Nacional, que afectaba, no realmente a la honorabilidad, sino más bien al prestigio de la Corporación, porque esto, él mismo lo ha reconocido y lo ha dicho dentro del Ayuntamiento; lo que queríamos es que lo que públicamente había confesado aquí y había venido hasta, si queréis, a una contrición perfecta en el Ayuntamiento, se exteriorizara públicamente. Y esto es lo que venimos exigiéndole, en lo que no hay desdoro, porque el que públicamente reconoce una falta no recae sobre él ningún veredicto de culpabilidad moral.

Pero, señores Concejales, dejemos todo esto para ocuparnos de otro aspecto y es que lejos de excitarme, lejos de apasionarme airadamente contra la declaración de la Agrupación Socialista Madrileña, me felicito, porque yo, que a pesar de mi escasez de fuerzas y de merecimiento, estoy dispuesto hasta el último instante, desde el sitio a que los actuales gobernantes me han traído, a prestar mi decidida colaboración a la obra de salvación pública que se está llevando a cabo, siento una vivísima satisfacción, una de las mayores de mi vida, al ver que, no obstante las hoscas apariencias del socialismo español, dentro de su espíritu palpita un serio y noble sentido colectivo y gubernamental frente a la obra que realizan los Poderes públicos y al ver que en el fondo de esas declaraciones de táctica política para que las masas no se marchen, se agita la realidad misma de un práctico sentido gubernamental. Y esto es de una enorme importancia que lo declare la Agrupación Socialista Madrileña, no porque ésta sea más digna que las del resto de España, sino porque la de Madrid ocupa una posición de cumbre que encierra una gran autoridad, y al hacer la pública manifestación de que dentro de este Ayuntamiento el socialismo tiene una representación no en el de Fuenteovejuna o Jerez de los Caballeros—ya es mucho a los efectos políticos, puesto que demuestra que, al menos, existe un punto de conexión con la obra del Gobierno o una colaboración aunque sea indirecta. De esto teníamos un ejemplo en la colaboración, que tanto ha indignado a Prieto, de Largo Caballero, dentro del Consejo de Estado.

He dicho lo que antecede porque es una verdadera satisfacción ver esta real colaboración en lugar de la literaria abstención del pasado año. Entonces pidió el Gobierno a los socialistas que se designasen a algunos individuos del partido para ocupar puestos en el Concejo; pero nada se consiguió y ahora, la representación del partido para venir a prestar la deseada colaboración se vincula, por designación de la Agrupación Socialista Madrileña, en una persona que, públicamente, ha dicho aquí—y ahí están las actas taquigráficas para atestiguarlo—que era Concejal, no por una suplantación sino por designación del Duque de Tetuán que le obligó, inclusive, a ser Concejal y que le prometió—no creo que esto sea ofensivo para nadie—que el sueldo que venía percibiendo de una Compañía se le seguiría pagando por ella mientras desempeñara el cargo público a que se le había llevado. Además esta representación que hoy hacen propia los socialistas ha venido a vincularse no en una persona que hubiera venido al Concejo como miembro del partido socialista, sino en un señor designado por el Directorio Militar.

En el Archivo Municipal están los nombramientos de todos.

Si llegara el momento de una controversia pública, no tendría inconveniente alguno en contender con quien lo deseara, aunque fuera ocupando la tribuna más hostil, pues tengo el convencimiento de que las masas hacen siempre justicia y entonces demostraría que el nombramiento a que estoy refiriéndome vino precisamente a las manos de quién prácticamente ha demostrado que no es desafecto a las Instituciones monárquicas. Ya sabéis todos—el Sr. Romero Grande lo ha recordado—que, precisamente, esta peregrina representación socialista de hoy—en esto no hay nada ofensivo—es la misma que recibió de manos de Víctor Manuel la condecoración de Comendador de la Corona de Italia. Y con esto he manifestado cuanto tenía que decir.

El Sr. Arteaga: No contesto al Sr. Bofarull, que no se halla presente, porque se ha conducido dentro de los términos de corrección y de cortesía que yo podía desear. Sólo he de hacer una observación al Sr. Bofarull en cuanto afirmaba respecto a que el voto de censura quedaba en pie si yo no rectificaba en la Prensa. Ya dije en la sesión última lo necesario con referencia al particular. Entonces di ampliamente las explicaciones debidas y esas mismas explicaciones la Prensa las recogió. ¿Qué se pretende? ¿Qué rectifique? ¿Se quiere que lo haga en la Prensa con firma? Eso, señores Concejales—aunque los que lo dicen no quieran comprenderlo—es, sencillamente, someterme a un mandato que responde a lo que en la sesión expuse y a lo que en la de hoy manifiesto. Yo no he pronunciado palabras ofensivas para la colectividad ni para mis compañeros personalmente.

Ahora voy a pasar a contestar al Sr. Romero Grande. Habrá sorprendido al Concejo todo la forma cómo el Sr. Romero Grande se ha conducido personalmente conmigo, porque lo ocurrido no es otra cosa que una cuestión meramente personal. Claro es que yo con este señor Concejal no he tenido nunca—y por eso me ha sorprendido mucho más su actitud—más que motivos de afecto. ¿Por qué corresponde conmigo de esta manera? Repito que no podía jamás esperar la dureza incomprensible con que me ha tratado el Sr. Romero Grande en la sesión de hoy.

Dice el Sr. Romero Grande que yo debo presentar la dimisión de la Tenencia de Alcaldía y además de los cargos que ostento a virtud de nombramiento del Concejo.

El Sr. Romero Grande: No, no; de Teniente de Alcalde sólo. Los demás cargos son delegaciones de la Alcaldía Presidencia.

El Sr. Arteaga: Pues si se trata de la Tenencia de Alcaldía es igual. Los cargos los tengo por votación del Ayuntamiento. Efectivamente, cuando manifesté que, según las explicaciones que me diese el Concejo, me reservaba el derecho a usar de la palabra para rectificar o no, naturalmente que era para algo. Por eso, habiendo recogido las palabras del Sr. Romero Grande de la sesión anterior, en las que me dijo que yo había sido designado Teniente Alcalde por once votos....

El Sr. Romero Grande: Por diez y el de S. S. once. (Risas.)

El Sr. Arteaga: Recojo eso para decir al Concejo que yo no afirmo que haya realizado una gestión más o menos intensa; lo que digo es que con buena fe he trabajado cuanto he podido. Desde la edad de quince años estoy acostumbrado a trabajar. No hay quien lo niegue. Y durante el período de veinte meses que vengo ostentando el cargo de Concejal he trabajado con el mismo tesón, ahínco y constancia que en toda mi vida. Ni me he preocupado, ni me he exigido menos como Concejal que me he preocupado y exigido cuando tenía el trabajo cotidiano en la Empresa a que pertenezco. Este es mi único patrimonio y el único que tienen mis hijos. Cuando deje el Ayuntamiento continuaré—porque sin medios de vida no me voy a quedar—trabajando al servicio de la Compañía como siempre lo he hecho. Con esto doy un rotundo mentís a cuantos dicen por ahí que al dejar los cargos que ahora absorben por completo mi atención me dedicaré a holgar o a otra cosa. No, señores Concejales, trabajaré nuevamente como lo estoy haciendo desde que tengo quince años, porque ser trabajador es producto de mi temperamento.

Yo, señor Alcalde Presidente y señores Concejales, en este momento presento, con carácter irrevocable, la dimisión de la Tenencia de Alcaldía del distrito del Hospicio, de la Delegación del Matadero y de Vocal de la Junta de Abastos.

El señor Presidente: Como me gusta proceder noblemente

en todo momento, debo decir, en honor a la verdad y para satisfacción de S. S. y del Ayuntamiento todo, que S. S. lo había hecho con anterioridad a este instante.

El Sr. Arteaga: Ahora sólo me resta rogar al Sr. Romero Grande y a los señores Concejales que me votaron, que expongan las razones en las que se fundan para decir que se sienten avergonzados de haber contribuido a llevarme a la Tenencia de Alcaldía del distrito del Hospicio; así como agradecería mucho que el Concejo me dirigiera concretamente las acusaciones que estimara oportunas por mi labor frente a la Tenencia de Alcaldía y en la Delegación del Matadero. Yo suplico a los señores Concejales que lo hagan porque esta es la ocasión más propicia para que yo pueda defenderme de las imputaciones que contra mí se lancen.

Naturalmente que al presentar la dimisión de estos cargos, reconozco que me quito de encima un trabajo impropio, según puedo justificarlo con la labor diaria que, con mayor o menor éxito o con mayor o menor capacidad y esfuerzo, he venido desarrollando por espacio de veinte meses. Eso sí, lo puedo proclamar, puedo afirmar que he trabajado materialmente con la mayor intensidad. No vine a ocupar el cargo que he estado desempeñando por más razón que por la de mi amor al trabajo. Ni me guió el propósito de obtener prebendas, ni el anhelo de alcanzar provechos ni medros personales. Por lo tanto, en esta ocasión no tengo más remedio que sentirme satisfecho porque, al fin, voy a descansar. Al mismo tiempo, doy las gracias a los señores Concejales que me votaron entonces, lamentando muy de veras que, en este momento preciso y en la sesión anterior, se hayan pronunciado en contra de mi actuación y se hayan sentido avergonzados de haberme elegido. Por lo menos, hay dos o tres señores Concejales que se pronuncian en contra mía y yo no tengo más obligación que la de dimitir.

Con referencia a mi nombramiento de Concejal nada tengo que rectificar, puesto que todos los señores Concejales y el pueblo de Madrid entero saben cómo fui designado. En las actas—como muy bien ha dicho el Sr. Fuentes Pila—consta cómo está hecho mi nombramiento; y tratándose de asunto ya ventilado debidamente por el Concejo, sería salirme de la cuestión si volviera a ocuparme en él. Algún día se podrá tratar públicamente; pero, perdonadme la insistencia, en este momento no me parece oportuno.

Nota oficiosa publicada por la Agrupación Socialista Madrileña. Esta es una cuestión política respecto a la cual, en estos instantes, no me encuentro capacitado. No estoy avezado a las luchas políticas; pero, desde luego, puedo asegurar que de lo que manifiesta esa nota no se desprende, en modo alguno, que yo ostente aquí la representación del partido socialista. Esta es una cuestión completamente particular, cuya estimación, por parte de los señores Concejales, ignoro cual pueda ser.

Yo entiendo—yo solamente—que no estoy en el Concejo en representación del partido socialista. Yo fui nombrado Concejal de la manera que ya anteriormente he expuesto. Mi nombramiento es una cosa completamente ajena al partido socialista. Yo fui nombrado Concejal independiente precisamente en el momento en que el partido socialista adoptó el acuerdo de no aceptar en el Concejo cargos de designación gubernativa y, por tanto, creo que continuo aquí con un matiz totalmente independiente. Ahora bien; como yo estoy afiliado a un partido político—el socialista—, me creo en el deber de dar una explicación que quisiera fuera lo suficientemente clara y transparente. La nota quiere decir que en cuanto yo soy afiliado al partido socialista, éste aprueba la actuación independiente que tengo en el Ayuntamiento; mas no como mandato y en representación del partido socialista, sino únicamente por mi actuación independiente en el Concejo. ¿Está claro?

El Sr. Fuentes Pila: Recuerde S. S. el final de la nota.

El Sr. Arteaga: Voy a explicarlo. La nota se refiere a mi conducta en el Ayuntamiento, y a que puede, según sea ésta, ser censurada o aplaudida por el partido. Quiere decir la nota que, en lo sucesivo, tendré que atenerme a los mandatos de la organización socialista a que pertenezco. Solamente a la manera de actuar en el Concejo y a si es oportuno o no adoptar una actitud determinada. Eso es lo que quieren decir esos renglones.

Sentado esto, tengo que decir que las manifestaciones que estoy sometiendo a vuestra consideración no son más que opiniones particularísimas mías, cuya interpretación puede hacer el Concejo en la forma que estime más conveniente.

El Sr. Romero Grande dice que yo estoy cobrando sin trabajar de una Empresa capitalista: la Compañía de Madrid a Zaragoza y a Alicante.

Cobrando y trabajando he estado toda mi vida con beneplácito de mis Jefes y de mis compañeros y, además, hay algo que no hace falta decirlo ahora, porque el Sr. Romero Grande puede enterarse cuando lo desee—ya que en la Compañía tiene grandes amistades—respecto a la conducta que allí he observado siempre.

Pero no debe olvidar el Sr. Romero Grande—como tampoco lo olvidará ninguno de los que fueron testigos presenciales—que cuando desde la Presidencia se leyó el Real decreto nombrándonos Concejales, yo pedí la palabra. Nadie puede negar—si alguien lo negara, yo probaría cumplidamente mi aseveración—que en aquel instante me levanté y, dándome cuenta de la gravedad que representaba la aceptación del cargo para que fui nombrado, sin preparación de clase alguna, no teniendo más título que el de ser un hombre avezado al trabajo, del cual vivía, y comprendiendo que, antes de echar sobre mí otra obligación que pudiera causarme algún trastorno en mi vida, tenía que contar con la Empresa en la cual prestaba a diario mis servicios para no verme privado del patrimonio mío y de mis hijos, dije al Sr. Duque de Tetuán—que presidía—: «Sr. Duque de Tetuán, yo no puedo, en manera alguna, aceptar el cargo de Concejal, porque me debo a una Compañía, a una Empresa donde gano el pan cotidiano y, además, dependiendo, en la actualidad, de un servicio público directo, como es la expendición de billetes. Por consiguiente, no puedo encargarme del cargo». El Sr. Duque de Tetuán me contestó en estas o parecidas palabras: «No siga S. S. por ese camino, porque estos cargos son irrenunciables. El Gobierno le obviará a S. S. esa dificultad». Y esto me lo dijo el Sr. Duque de Tetuán en aquellas circunstancias, cuando nos sorprendió el Real decreto; cuando ninguno sabíamos a lo que veníamos a la reunión a que fuimos convocados. ¿Qué podía yo hacer en aquellos momentos, día 1 de octubre de 1923, más que lo que hice?

El Sr. Fuentes Pila: Y el día 1 de abril, ¿qué se hace?

El Sr. Romero Grande: Y cuando se es socialista, ¿qué se hace? El caso de Anguiano es bien patente y está bien claro.

El Sr. Arteaga: Como iba diciendo, señores Concejales, al abandonar el Ayuntamiento me presenté, como era mi deber, a mis jefes y les referí lo ocurrido en la sesión aquella memorable. No me dieron contestación alguna hasta que—no tengo inconveniente alguno en declararlo—enviaron un oficio, ignoro en qué términos redactado, de la Autoridad gubernativa. Entonces sí; entonces recibí la orden para encargarme de la Tenencia de Alcaldía del distrito del Hospicio, cargo que hasta el día de hoy he venido desempeñando. Llegó el día 1 de abril, que al Sr. Fuentes Pila tan insistentemente le preocupa. Hace de esto poco más de un año. Entonces se renovó el Ayuntamiento. Se destituyó a unos cuantos Concejales y en su lugar se nombraron otros. Eso fue lo que se hizo.

El Sr. Fuentes Pila: Acepto esa interpretación.

El señor Marqués de Orellana: Que fue lo mismo que le pasó al señor Marqués de Santillana, que fue sustituido por S. S. después de muerto él.

El Sr. Arteaga: En actas consta la renovación del Ayuntamiento. El BOLETÍN DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID dice: «En la sesión del día 1 de abril de 1924 han sido destituidos de sus cargos los Concejales tales, tales y tales». Y entre ellos no me encontraba yo.

El Sr. Fuentes Pila: ¿Me permite S. S. una pregunta? Demos por supuesto que S. S. no fue sustituido y que continuó, y que, por tanto, S. S. no estaba en aquel Ayuntamiento con nombramiento del Gobierno. Pero ¿podrá negarme el señor Arteaga que los nombramientos de los diez Tenientes de Alcalde el día 1 de abril se hicieron por designación gubernativa? ¿Quién los hizo? ¿Los votamos nosotros?

El Sr. Arteaga: Esos fueron continuación del Ayuntamiento anterior.

El Sr. Fuentes Pila: Hubo Tenientes de Alcalde nuevos. Por consiguiente, a S. S. le nombró Teniente de Alcalde un General, un militar, un hombre que sigue al Directorio Militar: el Duque de Tetuán. Los Concejales jurados fuimos nombrados por votación.

El Sr. Arteaga: Me refería únicamente al cargo de Concejal; porque en cuanto a los demás cargos entiendo que fue-

ron de nombramiento del Concejo, y que después el Concejo los ratificó. Me refería únicamente a la situación mía como Concejal en el Ayuntamiento de Madrid. Sostengo—y vuelvo a insistir en ello—que como Teniente de Alcalde no he aceptado ningún nombramiento del señor Duque de Tetuán. Como Concejal, sí.

El Sr. Fuentes Pila: Es que para ser Teniente de Alcalde hace falta primero ser Concejal.

El Sr. Romero Grande: El Teniente de Alcalde es el muerto todavía. (Risas.)

El Sr. Arteaga: Ahora que el nombramiento de Teniente de Alcalde fué ratificado por el Concejo. El nombramiento verdad es el de Concejal y ese nombramiento no hay quien pueda probar que no lo tengo sino por un Decreto-ley de 1923.

El Sr. Fuentes Pila: ¿Quién constituyó el 1 de octubre el Ayuntamiento? ¿A que va a decir S. S. que lo constituyó *El Socialista*?

El Sr. Arteaga: No me refiero a mí, puesto que hay que dilucidar lo del muerto. Me refiero a todos los señores Concejales que constituyeron el Ayuntamiento el día 1 de octubre de 1923, no por nombramiento de un señor determinado, sino por el solo hecho de ser contribuyentes de Madrid. Esto es evidente. No me refería, pues, a mí, sino a todos los demás señores Concejales procedentes de la Junta de Asociados. Que aquellos señores aceptaron un nombramiento que no fué hecho por un señor determinado es una cosa evidente. Respecto a eso no cabe duda alguna.

En cuanto al cargo de Teniente de Alcalde, como ya consta en el BOLETÍN, es un cargo anterior del Concejo que después fué ratificado.

Ahora vamos a la suplantación, de la que el Sr. Fuentes Pila tanto partido ha sacado. Con referencia a esta suplantación a la que un señor Concejal aludía en pasadas sesiones llamándose Andrés Arteaga y Silva—tengo que manifestar a los señores Concejales que es un asunto que está en sus manos. Todos pueden examinarlo, esclarecer los hechos y llegar a saber los motivos por los cuales fui nombrado Vocal asociado. Y al mismo tiempo que se realiza esta investigación—cosa fácil de hacer en el Concejo—se podrá comprobar que Andrés Arteaga Hernáiz no ha apelado, ni antes, ni ahora, ni nunca a maquinaciones de clase alguna para formar parte del Concejo. Yo aseguro a los señores Concejales que muy fácilmente, de una manera clara y sencilla, pueden averiguar que Andrés Arteaga Hernáiz aún cuando hubiera existido alguna suplantación—no ha venido al Concejo por maquinaciones ni procedimientos reprobables.

El Sr. Fuentes Pila: De intenciones no juzgamos.

El Sr. Arteaga: No habiendo intención no hay delito. Para afirmar la existencia de una suplantación hace falta ver cómo se han producido los hechos y hacer después los cargos concretos.

El Sr. Fuentes Pila: Se encontró S. S. con un nombramiento que no iba a su nombre. Luego si vino y aceptó, a sabiendas, cometió una suplantación.

El Sr. Arteaga: Yo presenté aquí mi nombramiento, expedido a nombre de Andrés Arteaga, glorieta de Atocha, 9.

El Sr. Fuentes Pila: S. S. confesó aquí, cuando le atacó, que supo que no era el auténtico asociado. Por tanto, si S. S. sabía que no era el auténtico asociado y vino a ocupar ese cargo, suplantó a un señor.

El Sr. Arteaga: Es un asunto de grandísima importancia y no tengo inconveniente en que se haga la investigación necesaria a fin de que se vea que no ha habido maquinación alguna, como he dicho antes, y si no está escrito no tendré inconveniente en dar aquí las explicaciones precisas.

Después de lo que acabo de manifestar, señores Concejales, voy a retrotraerme al asunto que motivó el incidente de la sesión anterior y ha originado la discusión actual.

Vuelvo a manifestar que mi comportamiento aquí no ha sido de tal naturaleza que mereciera, por parte del Ayuntamiento, el trato que se me ha dado. Concejales hay en el actual Ayuntamiento, que han formado parte de otros anteriores y aseguro que me darán la razón si digo que nunca habrán visto que por motivos de esta índole se les haya creado la situación difícil que ahora a mí se me crea. Porque la situación que se me crea, no es ya como Concejal sino como particular. Y a esto no creo que haya derecho después de los muchos años que el que os dirige la palabra ha estado guardando cuidadosamente el único

patrimonio que ha tenido durante toda su vida, el que heredó de sus padres: la decencia, la buena fe, la sinceridad, la honradez. Por eso pido que el Sr. Romero Grande rectifique las palabras que ha pronunciado en la sesión de hoy.

Yo no encuentro motivos de clase alguna, no los he encontrado, para que de esta forma se conduzca el Ayuntamiento conmigo y, por tanto, yo no tengo más que decir. Digan lo que quieran y hablen lo que deseen los señores Concejales, no daré más explicaciones ni insistiré una vez más en ninguno de los puntos ya tocados en esta discusión. Sólo me corresponde dejar ahora que el Ayuntamiento libremente acuerde lo que estime más oportuno. Y no tengo nada más que manifestar.

El señor Presidente: Ya habrán visto los señores Concejales que, acaso con un excesivo margen de tolerancia, la Presidencia ha concedido a este debate toda la amplitud e importancia que el asunto merecía. Y digo importancia no en orden al conjunto de aquella solución beneficiosa o colectiva, sino en cuanto al aspecto personal, pues cumple a la Presidencia velar por la dignidad de cada uno. Pero he de señalar a los señores que han de intervenir, el hecho de que llevamos cinco cuartos de hora en esta discusión, que se ha extraviado notoriamente del cauce en que debía desenvolverse, y por tanto, antes de que yo pueda hacer el brevísimo resumen de ella, ruego a cuantos hayan de rectificar, y no quiero privarles de ese derecho para que no parezca que hay merma de ellos y un trato de desigualdad, que lo hagan con aquella brevedad y concisión que imponen las circunstancias del caso, que ha perdido ya, notoriamente, después de las declaraciones hechas por los que han intervenido en el debate, toda actualidad. Ahora, el Sr. Romero Grande tiene la palabra.

El Sr. Romero Grande: Yo no tengo resentimientos personales con el Sr. Arteaga. Ahora S. S. ha desviado la cuestión. El Ayuntamiento, conforme con lo que yo dije, pide a S. S. que rectifique en la Prensa enviando una carta. En tanto no rectifique queda el voto de censura en pie.

Voy a ser muy breve: Si el Sr. Arteaga está bajo el peso de un voto de censura; si el Sr. Arteaga, sin decirnos nada a los que le votamos, se afilia a un partido sin contar con el grupo que le votó, y si nos injuria a todos en el Hotel Nacional ¿no es motivo éste para que nos deshonremos de tenerle por Teniente de Alcalde? Somos nosotros los indignados y por eso le retiramos la confianza. ¡Qué se va a sentir indignado S. S.!

El Sr. Arteaga no ha dado todavía las explicaciones que le hemos pedido, y ahora se coloca en la actitud de Boabdil después de la rendición de Granada. (*Muestras de asentimiento.*)

En cuanto a que el Sr. Arteaga cobra de la Compañía de Madrid a Zaragoza y a Alicante mientras está siendo Concejal, ya he expuesto el caso de Anguiano con sus propias palabras. El Duque de Tetuán dijo al Sr. Arteaga: «Eso lo arreglaremos nosotros». Lo mismo le dijo la Compañía a Anguiano; pero Anguiano, socialista, hombre digno, respondió: «Yo no quiero sueldos regalados, ni favores de la Compañía», y renunció al cargo. Y ahí le tenéis, empleado en la Radio Ibérica.

El Sr. Garachana: Puestos de un lado todos los compañeros y de otro el Sr. Arteaga, me parece obligado salir en defensa de este compañero mío. Ya habéis escuchado todos la emoción, llena de nobleza, con que se ha expresado el señor Arteaga. Han sido las suyas manifestaciones hondas y elocuentes, y yo me he de sentir honrado al salir—aunque sea débilmente—en defensa del compañero que, en este momento, estamos juzgando.

No quiero dejar de consignar aquí el mal efecto que me ha producido ver cuanto está sucediendo. Llevamos dos sesiones ocupándonos de una cuestión muy importante en el orden personal. No he de censurar el tiempo que se ha invertido en ella, porque se trataba de asunto que afectaba a la dignidad propia, y, en tanto la dignidad lo requiera, bien empleado está el tiempo que se invierte; pero señalo lo sucedido para poner de relieve que existen problemas vitales que reclaman la atención del Municipio de un modo apremiante, y con estas discusiones se puede dar la sensación al pueblo de que no nos preocupamos debidamente de la defensa de sus intereses. Es preciso dar al pueblo la sensación de que todos cuantos formamos parte del Municipio administramos sus intereses con toda aquella diligencia que, indudablemente, es patrimonio de los que aquí estamos, y quisiera que este debate—una vez escuchadas las palabras del Sr. Arteaga, que por su naturaleza le estimamos

digno de continuar teniéndole a nuestro lado—, se diera por terminado cuanto antes para entrar a tratar cuestiones como la de la vivienda, que la Alcaldía Presidencia tiene sometida a estudio de la Comisión correspondiente, y resolverla con la mayor rapidez posible. Esto era lo único que quería decir.

El señor Marqués de Fuensanta de Palma: El pasado 1 de abril, al constituirnos, y a propuesta mía, se acordó que los asuntos no pudiesen ser discutidos más de cinco minutos, a fin de que no pudieran pronunciarse largos discursos. Llevamos ya hora y media tratando de un asunto que ya había sido discutido con toda detención en sesión anterior. El Sr. Arteaga ha dado todo género de explicaciones, diciendo que las palabras que en la sesión pasada pronunció no las dijo para causar ofensa a ningún compañero. Por consiguiente, démonos por satisfechos con esas explicaciones y felicitémonos de tener entre nosotros un representante socialista, pues así contrastaremos más los asuntos y, seguramente, laboraremos y trabajaremos con mayor actividad en beneficio del pueblo.

El Sr. Carnicer: La situación de adhesión y amistad en que me encuentro colocado con respecto al Sr. Arteaga, no me permitirán decir muchas palabras; pero he de sumarme totalmente a las pronunciadas por el Sr. Garachana, dejándose llevar de los impulsos naturales de su corazón en honor de un compañero que, a mi juicio, el otro día dió las explicaciones precisas para llevar al Concejo el convencimiento de que en las manifestaciones expuestas en el Hotel Nacional no tuvo intención de ofender a ningún señor Concejal. Vuelvo a repetir que, después de lo que acabamos de oír, no sé qué podamos hacer como no sea conceder la más completa indulgencia a este compañero que, de una manera tan clara y solemne, ha expresado aquí su pensamiento.

Creo, señores Concejales, que después de cinco cuartos de hora de discusión en torno a un asunto que debió quedar resuelto en la última sesión—puesto que las palabras últimas del Alcalde pusieron debido término al debate—debíamos dar por concluido este incidente. Claro es que de esto nadie se hubiera vuelto a ocupar si no hubiera intervenido el Sr. Romero Grande.

En las palabras del Sr. Romero Grande se observa una agresión manifiesta al Sr. Arteaga, un propósito decidido de que el Sr. Arteaga salga del Concejo. No sé si ese será el propósito suyo; pero de sus palabras eso es lo que se desprende.

También el Sr. Romero Grande ha tratado de atentar contra mí, contra algo particularmente mío, y de lo que he de protestar con toda energía. Al hablar del Hotel Nacional dijo que, de hoy en adelante, se llamará Asamblea Nacional. El Hotel Nacional es un negocio particular.

Puedo asegurar en este momento que no tuve intervención alguna en el homenaje al Sr. Arteaga; de tal manera era esto así que dos horas antes de celebrarse el acto no tenía de él conocimiento. Protesto, pues, de la apreciación del Sr. Romero Grande respecto a ese negocio particular, porque traer aquí esta clase de cuestiones es empequeñecer los asuntos; y Su Señoría, que lo que ha pretendido ha sido engrandecer el que se ventila, no ha debido descender a semejante terreno. Por tanto, yo me limito a protestar de esta apreciación del señor Romero Grande.

Y ahora, en resumen, no tengo que decir más que lo siguiente:

El Sr. Arteaga vino aquí el 1 de octubre de 1923 y puedo asegurar, sin menosprecio para ningún señor Concejal, que el Sr. Arteaga ha puesto todo lo que es y todo lo que vale al servicio del Ayuntamiento de Madrid, y ha puesto, acaso, más que ninguno porque se ha consagrado por entero, desde aquella fecha hasta hoy, a la labor municipal. Es decir, que por aquí habrán pasado muy pocas cuestiones sin la intervención del Sr. Arteaga. Yo, por mi parte, confieso, que no he tenido tiempo de estudiarlas, y otros señores Concejales no lo han tenido tampoco. En el Ayuntamiento de Madrid no hay más que dos personas que se interesen directamente en todos los asuntos: el Sr. Alcalde y el Sr. Arteaga. (*Grandes rumores.*)

El Sr. Carnicer: Voy a explicarme porque, quizá, no me he expresado bien.

Yo digo que acaso no cumpla ninguno la misión tan bien como el señor Alcalde y como el Sr. Arteaga, porque no consagramos ninguno el tiempo que ellos a la labor municipal. (*Un señor Concejal:* Esa es una apreciación de S. S.)

El señor Presidente: Ruego a S. S. que me aparte de

ese juicio, porque yo me pongo al margen de toda comparación. (*Muy bien.*)

El Sr. Carnicer: Es una apreciación que, por lo menos, la sostengo íntimamente.

Si por las últimas palabras que he pronunciado, han sentido molestia los señores Concejales... (*Varios señores Concejales:* ¡Claro!), yo las retiro. Lo único que voy a hacer constar, y tiene mucha importancia, es que el Sr. Arteaga ha cumplido siempre con su obligación; y yo creo que para expulsar de una Corporación... (*Varios señores Concejales:* No se expulsa a nadie). Ya comprendo que ante un Concejo hostil es muy difícil poderse producir; pero yo he opinado y hay el deber de escucharme y, después, que cada cual diga lo que le convenga y exponga sus razones.

Vuelvo a repetir que el Sr. Arteaga, en la mayor parte de las cuestiones que ha planteado en el Ayuntamiento, ha estado siempre al lado de la justicia y de la razón. (*El Sr. Gómez Roldán:* ¿Y los demás no?) Yo hablo del Sr. Arteaga. (*El señor Arteaga:* Yo ruego que se termine este asunto.)

El señor Marqués de Orellana: Desde el momento que el Sr. Carnicer se ha pronunciado como lo ha hecho, yo no admito eso más que como un voto de censura de S. S. y mi dimisión está presentada como Teniente de Alcalde.

El señor Presidente: El Sr. Carnicer ha explicado y ha retirado sus palabras y por lo tanto no hay cuestión.

El Sr. Romero Grande: Creo que, mientras he estado ausente del salón, el Sr. Carnicer ha hecho estas dos afirmaciones: primera, que yo tenía una cuestión personal con el Sr. Arteaga y que quería que se marchara de aquí. He dicho que no queríamos que se marchara, y yo el primero; que no pretendíamos que se fuera, ni que el voto de censura tuviera esa finalidad. ¿Está claro? Es necesario aclarar bien esto: no quiero que se vaya, y me alegro mucho de que se quede. ¿Está bien?

La segunda afirmación del Sr. Carnicer es que he dicho que el acto fué una asamblea nacional. No creo que sea deshonroso por el Hotel Nacional.... (*El Sr. Carnicer:* Y que lo seguirá siendo.) Si dije eso, lo retiro y S. S. tiene que creerme; si hay alguna ofensa para el Hotel Nacional la retiro. Pero que quede bien patente que nosotros, que el Ayuntamiento Pleno, no queremos que se marche el Sr. Arteaga; lo que queremos los que le votamos es su dimisión de Teniente Alcalde con arreglo a la teoría socialista. En cuanto al Hotel Nacional, si le he ofendido, queda retirado todo, y reitero que no tengo ningún resentimiento personal con el Sr. Arteaga, con cuya amistad me he honrado, aunque esté con él políticamente en desacuerdo.

El señor Presidente: Suficientemente discutido este punto, no cumpliría la Presidencia con su deber si no hiciera, no ya el resumen del debate, sino la propuesta al Concejo de aquellos acuerdos que hubiera de tomar.

Es notorio el objeto del debate; lo que hoy se discutía aquí era la propuesta sobre un voto de censura, que se había hecho al Ayuntamiento Pleno, por una cuestión de procedimiento, acerca de la conducta del Sr. Arteaga, que no afectaba en nada a su honorabilidad, dignidad, ni a la rectitud de su proceder, sino únicamente a la interpretación de sus palabras que un grupo de Concejales, la mayoría de ellos casi unánimemente, creía que no habían obtenido la explicación necesaria y suficiente acerca de un juicio que había merecido su actuación como tales Concejales.

Esto era lo único que se discutía. El Sr. Arteaga, en la sesión de hoy ha dado más amplias explicaciones; acaso, y sin acaso, no todo lo rotundas, claras y satisfactorias que ese grupo o mayoría de Concejales demandaba; y, después, por la mezcla de otros factores, he de hacer únicamente una salvvedad o aclaración como resultado del debate: que el espíritu de concordia del Sr. Arteaga ha tenido muestras públicas no sólo en la sesión de hoy, sino en la que debió celebrarse en el día de anteayer, a la que no asistió no sólo por los motivos que ha explicado, sino a requerimientos de la Presidencia (que, al ser atendida, está agradecida), y avisado de que si comparecía a la Comisión Permanente se retirarían todos sus compañeros. De manera que éste fué el verdadero motivo. El Sr. Arteaga quiso poner de su parte todo aquello que pudiera para el restablecimiento de la paz y de la armonía, quedando en venir al Pleno a dar más amplias y completas explicaciones. Lo ha hecho en la forma que todos habéis visto. Y en cuanto a

lo demás, no queda sino que no se trata con el voto de censura de vituperio para su conducta en el aspecto de la ética.

Esto sentado, como las cuestiones se complican y se tergiversan por la intervención de factores propios y elementos extraños, habrá de protestar la Alcaldía de la interpretación de esa nota de la Agrupación Socialista Madrileña; protesta hasta cierto punto, porque no la doy el alcance que la mayoría. El juicio que merece a la Agrupación Socialista el caso, es subjetivo, pero no significa, en modo alguno, la menor coacción para el Concejo; es decir, que ese juicio le debe tener completamente sin cuidado, y me parece que han perdido notoriamente el tiempo quienes han suscrito esa nota, porque el Concejo no puede tolerar tutores ni preceptores ajenos y, en consecuencia, la nota no será sino un juicio más, público, de los que merecen sus actos. En este sentido, como el Ayuntamiento no autoriza, ni puede autorizar, intromisiones de ningún poder extraño al mismo, porque es el único—y lo sostendría hasta con los poderes verdaderamente constituidos—para erigirse en árbitro de sus propios actos, esa nota no tiene importancia y no hay por qué hablar más de ella.

Queda, como consecuencia, un voto de censura que se dirige al Sr. Arteaga, no por nada incorrecto, ni indigno, sino por haberse creído que no había dado todas las explicaciones debidas de sus palabras.

Como resultado de esto, el Sr. Arteaga ha presentado su dimisión de los cargos de Teniente de Alcalde y Delegado del Matadero. Respecto de este segundo cargo he hecho antes la aclaración que correspondía en justicia. En cuanto al de Teniente de Alcalde, sería impropio hablar del sentimiento del Concejo, porque la dimisión ha obedecido al deseo de quienes votaron al Sr. Arteaga; pero quiero decir, para rendir el debido tributo a la justicia, que esto nada tiene que ver con su actuación ni con su dignidad. Tampoco vea S. S. en ello sino la retirada de un mandato por parte de los señores que le eligieron. El Pleno acordará admitir la dimisión al Sr. Arteaga (y digo que lo acordará puesto que ha sido presentada a petición del mismo Pleno); y el Sr. Arteaga continuará, como los demás Concejales del Pleno, sumando a éste sus iniciativas, su buena fe y su labor. (*Aplausos.*)